Francisco León Florido

Historia del pensamiento clásico y medieval

Guillermo
Escolar
EDITOR

Análisis y crítica

Francisco León Florido

Historia del pensamiento clásico y medieval

Guillermo Escolar
EDITOR

2ª edición, 2019

1ª reimpresión, 2015

1ª edición, 2012

© Francisco León Florido

© Escolar y Mayo Editores S.L.
Avda. Ntra. Sra. de Fátima 38, 5ºB
28047 Madrid
info@guillermoescolareditor.com
www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez
Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 978-84-17134-51-8
Depósito legal: M-1956-2019

Impreso en España / Printed in Spain
Kadmos
Compañía 5
37002 Salamanca

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Primera parte

Pensamiento clásico

Capítulo 1

Los comienzos de la filosofía griega
Los presocráticos

1.1. La cultura intelectual griega

El legado de Grecia constituye uno de los pilares fundamentales de la cultura occidental. Los griegos crearon los conceptos de democracia y libertad, desarrollaron las matemáticas, la historia, la geografía, la medicina y otras ciencias, saberes que no pudieron expandirse en otras grandes culturas por ser el monopolio de castas muy cerradas. Los griegos pudieron dedicarse a la investigación de los fenómenos de la naturaleza sin ninguna traba impuesta por la religión y trataron de explicar el universo, primero con mitos y luego con la razón. Crearon, asimismo, la mayoría de los géneros literarios (épica, lírica, tragedia, comedia y novela), marcaron los cánones clásicos en la escultura y la arquitectura, y aportaron una concepción del mundo centrada en el hombre, muy próxima a lo que hoy conocemos como humanismo.

En el conglomerado de poblaciones que conforma la primitiva Grecia se desarrolló una forma de cultura que antecede al saber racional filosófico, cuyas manifestaciones más importantes son las doctrinas de los «Siete Sabios», dichos recogidos por la tradición sobre el mejor modo de vivir, y los poemas de Homero (aprox. s. IX a.C.). Los escritos y referencias que han llegado hasta nosotros de los principales filósofos griegos se deben a las obras y los fragmentos de los mismos autores y a los testimonios de autores posteriores. Platón y Aristóteles son quienes nos han transmitido los primeros informes historiográficos de los presocráticos y, más tarde, los llamados doxógrafos como Teofrasto, Plutarco o el romano Cicerón han acumulado citas de numerosos filósofos griegos. Un lugar destacado lo ocupa la obra *Vidas de filósofos ilustres* de Diógenes Laercio, escrita en el siglo III d.C., que tiene el valor de su extensión y de haberse conservado completa.

Una cultura oral

Investigaciones desarrolladas por autores como Walter Ong y Eric Havelock han abierto una nueva perspectiva desde la que entender la forma que adoptó la cultura y la filosofía en los primeros siglos de la historia griega. Estos investigadores han distinguido entre la oralidad y la escritura, que definen dos formas de cultura, de las que la primera ha sido dominante tanto en la antigüedad como en el medievo. Un ejemplo de oralidad lo suministra el primer monumento de la cultura griega, la *Iliada* de Homero, que representa la culminación de esta forma primitiva de sabiduría. Aunque la escritura existía ya desde hacía cientos de años en las regiones mesopotámicas, los testimonios escritos tenían el casi exclusivo objetivo de servir de instrumento para las ceremonias religiosas o estatales y para la contabilidad, de modo que la mayor parte de la transmisión del saber se realizaba por medios orales. Los poemas homéricos se recitaban en voz alta ante auditorios comunitarios, y se supone que el mismo Homero no era más que un rapsoda que recitaba su propia versión de estas narraciones versificadas, al compás de un ritmo musical que facilitaba su repetición con la ayuda de la memoria. Esta forma cultural se encuentra igualmente en la obra de los primeros filósofos griegos, que recitaban sus poemas, adoptando estos el título tópico del *Peri Physeon* (Sobre la naturaleza). En definitiva, la cultura oral es:

- *Comunitaria*, frente la intimidad que proporciona la lectura, transmitiéndose en reuniones de las comunidades de boca a oído, que es considerado como el sentido más apto para el conocimiento en el mundo antiguo. Las escuelas filosóficas en la antigüedad ilustran el método pedagógico, en que domina absolutamente la enseñanza oral, siendo el libro tan solo una referencia que se guarda para su conservación en «bibliotecas», usadas muy raramente.
- *Tradicionalista*, pues se basa en la capacidad de la memoria de conservar y repetir las palabras de los poemas lo más fielmente posible, para lo que cuentan con la ayuda de la forma poética y el ritmo musical. En las culturas orales se trata de preservar lo conocido por las generaciones anteriores, lo que les lleva a considerar que las novedades no pueden ser sino negativas respecto a los usos y conocimientos del pasado.

1.2. La *arete* en los poemas homéricos

El tema del poema que inaugura la literatura occidental, la *Iliada*, es la cólera del héroe Aquiles, provocada por su enfrentamiento con el jefe de la confederación griega, Menelao, durante el cerco de los griegos a la ciudad

de Troya, que acabará con su destrucción. En el poema, los protagonistas son héroes que actúan movidos por la mano de las divinidades, de las que son meros instrumentos, pero también aparecen sentimientos propiamente humanos, como la cólera, la ambición o el dolor, que ya no se deben solo a la intervención de una divinidad, lo que expresa que se está dando el primer paso hacia la posterior autonomización del hombre respecto de los dioses. El poema la *Odisea* se le atribuye también a Homero. Narra las aventuras de Odiseo (Ulises) tras la guerra de Troya. Ulises es ya un héroe que se atreve a desafiar a los dioses y que, aun derrotado por ellos, muestra el orgullo de la razón humana bajo el disfraz de la astucia.

En los poemas homéricos aparece el ideal ético de la *arete*, la virtud de los destinados a mandar por su fuerza y su valor, siendo la imagen viva de los símbolos de la sangre y la raza, y constituyendo una aristocracia cuyo linaje está emparentado con los mismos dioses. La *Iliada* es el poema aristocrático por excelencia, donde los héroes y los dioses conviven en el espacio común de la guerra y la victoria frente al enemigo. Sin embargo, en el canto II del poema aparece un personaje un tanto extraño, Tersites, un «demagogo» capaz de seducir con la palabra compitiendo en influencia con los propios *aristoi*, y al que se describe como «el hombre más feo que llegó a Troya, pues era bizco y cojo de un pie; sus hombros corcovados se contraían sobre el pecho, y tenía la cabeza puntiaguda y cubierta por rala cabellera. Aborrecíanlo de un modo especial Aquiles y Ulises, a quienes zahería; y entonces, dando estridentes voces, decía oprobios al divino Agamenón». Como no pueden enfrentarse con la agudeza de sus palabras, los héroes griegos reaccionan con la fuerza golpeando al demagogo, y así «Tersites se encorvó, mientras una gruesa lágrima caía de sus ojos y un cruento cardenal aparecía en su espalda debajo del áureo cetro. Sentóse, turbado y dolorido; miró a todos con aire de simple, y se enjugó las lágrimas». Pese a este final ignominioso de su intento de rebelión, la figura de Tersites puede considerarse el símbolo del inicio de la vía hacia la libertad de palabra en la *polis*, la ciudad, que será el centro de la democracia, un régimen político basado en la libertad de los ciudadanos. La democracia hará cambiar la fisonomía de la cultura griega, debido a la necesidad de formar a los ciudadanos para ejercer por sí mismos los deberes políticos haciendo aparecer el ideal educativo griego que se conoce como *paideia*, que pervivirá hasta el helenismo.

1.3. La religión olímpica

La cultura arcaica griega se nutre de tradiciones que confluirán en la constitución del panteón de los dioses olímpicos, que aglutina muy diversas

creencias religiosas, muchas de ellas de influencia oriental. La *Teogonía* de Hesíodo es el paradigma de la narración mítica de los dioses olímpicos. En este poema, el orbe se considera engendrado desde el Caos, por la unión carnal de la diosa Gea, la Tierra, y el dios Urano, el Cielo: «En primer lugar existió el Caos. Después, Gea (la Tierra), la de amplio pecho, sede siempre segura de todos los inmortales que habitan la nevada cumbre del Olimpo. Por último, Eros (el Amor), el más hermoso entre los dioses inmortales, que afloja los miembros y cautiva de todos los dioses y todos los hombres el corazón y la sensata voluntad en sus pechos. Del Caos surgieron Erebo (las Tinieblas) y la negra Noche. De la Noche a su vez nacieron el Éter y el Día, a los que alumbró preñada en contacto amoroso con Erebo. Gea alumbró primero al estrellado Urano con sus mismas proporciones, para que la contuviera por todas partes y poder ser así sede siempre segura para los felices dioses. También dio a luz a las grandes montañas, deliciosa morada de diosas, las Ninfas que habitan en los boscosos montes. Ella igualmente parió al estéril piélago de agitadas olas, el Ponto, sin mediar el grato comercio». De estas uniones divinas se originará una cadena de dioses que concluirá con el triunfo de Zeus sobre las divinidades tectónicas, que habitaban el mundo inferior, para alumbrar un renacer de la cultura griega en el camino hacia la racionalidad.

En otro poema hesiódico, *Los trabajos y los días*, frente al ideal aristocrático que hacía de la fuerza y la raza la máxima demostración de un poder eminentemente militar, se reivindica el valor del trabajo para el hombre: «He aquí el hombre en todo superior: quien, por sí solo, de todas las cosas se percata –con su inteligencia– de lo que en adelante y hasta el fin ha de ser lo mejor. Valioso es también aquel que obedece a quien bien le asesora. Pero, quien ni por sí solo se percata, ni, aunque a otros escuche, en su interior lo comprende, ese tal es ya hombre inútil. Mas tú, recordando siempre nuestra admonición ¡trabaja!, [...] que te sea grato atender a trabajos honestos, a fin de que con el anual alimento se hinchen tus cabañas. Por sus trabajos son los hombres ricos en rebaños y opulentos, y trabajando serás mucho más querido de los inmortales y de los mortales: pues mucho aborrecen a los inactivos. El trabajo no es ningún oprobio; la ociosidad sí que es oprobio». Al hacer la loa de la vida campestre, Hesíodo compara el orden inmutable de la naturaleza, a través de la sucesión de las cosechas y de las estaciones, con el orden o justicia (*dike*) que debe reinar también entre los hombres.

1.4. La influencia oriental en el nacimiento de la filosofía

La presencia en las dos grandes civilizaciones del lejano oriente, la india y China, de ciertas doctrinas religiosas que parecen concordar con los principios metafísicos de la era filosófica, ha fomentado la creencia en la existencia de ciertas «filosofías orientales», anteriores en el tiempo a las occidentales, y que discurren después paralelamente a ellas. Desde esta convicción universalista, el filósofo alemán Karl Jaspers elaboró el concepto de «tiempo axial» en referencia a los siglos VI y V a.C., en que se dio, en oriente y occidente, la coincidencia de una serie de pensadores que crearon doctrinas similares sobre las divinidades, el hombre y el mundo: desde el romano Numa Pompilio al profeta Jeremías o el semidiós Zaratustra, pero, sobre todo, Buda en la india y Lao Tsé y Confucio en China, que se superponen a los «Siete Sabios» de la época arcaica griega, e incluso a los filósofos de la naturaleza jonios.

La India es el semillero de las religiones universales y podemos encontrar en los himnos védicos (1500-1000 a.C.) conceptos abstractos que nos hablan de la existencia de un orden cósmico, un tema que será continuado en los Úpanishads (800-400 a.C.), donde aparece la figura de Brahman, lo Absoluto, que es el Alma (Atman) de todas las cosas. Se puede ver en estos textos un antecedente de doctrinas que posteriormente se encontrarán en las primeras doctrinas filosóficas sobre el alma, procedentes de fuentes religiosas, fundamentalmente órficas, como son la reencarnación (*samsara*), o la liberación (*moksha*) del ciclo de nacimientos y muertes, por la identidad del individuo con lo Absoluto. También en China, *Lao-Tse* reelaboró las creencias ancestrales que defendían la armonización los opuestos que son complementarios, constituyendo una totalidad orgánica (*yin-yang*).

Contemporáneo de los filósofos presocráticos es *Confucio* (551-479 a.C.), a quien se suele considerar representante del «humanismo chino», que propugna la restauración de la armonía entre el individuo, la sociedad y el cosmos que habría imperado en los tiempos antiguos. Para ello propone el ideal del sabio que posee las virtudes tradicionales (moderación, piedad filial, decoro, etc.), bajo el dominio de la bondad (*ren*). Mediante la educación, la influencia formativa de las ceremonias y la música, el ejemplo y la persuasión de gobernantes virtuosos, podría lograrse que cada individuo actúe según su función social, ya sea padre, sirviente o soberano. Se trata de doctrinas en las que resuenan los principios éticos que hacia la misma época defendían los filósofos griegos, lo que ha abonado la mencionada hipótesis de una influencia oriental sobre los fundadores de la racionalidad occidental.

La influencia de las culturas del medio oriente en los presocráticos

Sobre la existencia de vínculos entre las culturas del medio oriente, Babilonia y Egipto, y los primeros filósofos presocráticos, caben pocas dudas. El primer filósofo occidental, Tales, que alcanzó su *acme* o madurez, que se le atribuía al hombre en torno a los cuarenta años, hacia finales del siglo VII a.C., era natural de la ciudad Mileto, un importante centro de las colonias jonias de Asia menor, nacidas al amparo del desarrollo comercial propiciado por el dominio naval de los griegos en la época. Así que, de algún modo puede decirse, efectivamente, que la filosofía tiene un origen oriental, puesto que no surgió en la metrópoli peninsular, sino en los márgenes del mundo helénico. Pero, además, se ha defendido la tesis de que los primeros filósofos posiblemente no fueron más que meros transmisores de la sabiduría babilónica y egipcia en campos como la astronomía y la matemática.

Según las fuentes antiguas, los primeros filósofos pudieron haber recibido una fuerte influencia de los sabios orientales, como nos dice Josefo: «Todos están de acuerdo en que los primeros que entre los griegos filosofaron sobre las cosas celestes y divinas, como Ferécides de Siro, Pitágoras y Tales, fueron discípulos de los egipcios y caldeos» (Josefo, *Contra Apionem* I, 2, D-K 11 A 11). Y Aecio, más directamente, nos informa de que Tales «tras dedicarse a la filosofía en Egipto, vino a Mileto, cuando era más viejo» (Aecio, *De placitis reliquiae*, I, 3, 1, D-K 11 A 11). Incluso una de las afirmaciones básicas de Tales, la consideración del agua como *arkhe* u origen de todas las cosas, pudo tener su origen en Egipto: «Creen que también Homero, al igual que Tales, quien lo aprendió de los egipcios, hace al agua principio y génesis de todas las cosas» (Plutarco, *Sobre Isis y Osiris*, 34, 364 D 16). También testimonio de su estancia en Egipto, según se recoge en las fuentes, es que Tales pudo calcular la altura de una pirámide por la longitud de su sombra o que intentara formular una teoría sobre la causa de las crecidas periódicas del Nilo: «Tales cree que los vientos etesios, cuando soplan contra Egipto, elevan la masa del Nilo, porque sus corrientes son rechazadas por la hinchazón del mar que se mueve en sentido contrario» (Aecio, *De placitis reliquiae*, IV, 1, 1, D-K 11 A 16). Pero no solo Tales aprendió de los sabios orientales, ya que, según relata Diógenes Laercio, «Pitágoras oyó a Ferecides de Siro. Después que este murió se fue a Samos, y fue discípulo de Hermodamante (que ya era viejo), consanguíneo de Creófilo. Hallándose joven y deseoso de saber, dejó su patria y se inició en todos los misterios griegos y bárbaros. Estuvo, pues, en Egipto, en cuyo tiempo Polícrates lo recomendó por cartas a Amasis; aprendió aque-

lla lengua, como dice Anfitrión en su libro *De los que sobresalieron en la virtud*, y aun estuvo con los caldeos y magos».

Lo cierto es que la hipótesis del origen oriental de la filosofía fue defendida por los filósofos alejandrinos, seguramente para denigrar a las escuelas griegas con las que polemizaban, y luego fue bien recibida por los primeros padres apologistas cristianos, que se defendían del acoso de los filósofos paganos, y que encontraron un buen argumento en el carácter subsidiario de la filosofía respecto de los saberes orientales más antiguos, que podían remitirse, incluso a fuentes bíblicas.

Una tesis opuesta defiende la «invención» griega de la filosofía, sostenida, entre otros, por J. Burnet (*La Aurora de la filosofía griega*), F. M. Cornford (*De la religión a la filosofía*) o J. P. Vernant (*Mito y pensamiento en la Grecia antigua*). Con mayor o menor intensidad, estos autores subrayan que el carácter singular del pueblo griego fue lo que permitió el «milagro griego» del nacimiento de la filosofía y de la cultura que aún hoy siguen siendo consideradas como el paradigma clásico. Muchos factores pudieron contribuir a que fuera la rocosa península el centro del que irradió el saber racional en occidente: el desarrollo económico y comercial, la especificidad de las tradiciones religiosas y míticas, la influencia del modelo educativo homérico y hesiódico, la evolución de la cultura política que permitió el alumbramiento de la democracia o, quizá, simplemente, el genio griego que no tenía parangón en la época y que aún hoy constituye el modelo de la razón occidental.

1.5. Los presocráticos: el tránsito del mito al *logos*

En las ricas ciudades de Jonia, en el cruce entre civilizaciones del medio oriente y la periferia griega, surgieron una serie de pensadores que tenían en común su interés por los problemas de la naturaleza, por lo cual se les conoce como *physiologoi* o fisiólogos, pues buscan una explicación racional de los fenómenos naturales, que ya no se basa en la intervención de las divinidades olímpicas como sostenían los mitólogos: los fenómenos del mar por la acción de Poseidón, los atmosféricos por Zeus, el dios tonante, los subterráneos, como las erupciones volcánicas, por Hefesto, el dios de las profundidades, etc. Los fisiólogos piensan que los fenómenos de la naturaleza son producidos por la acción de fuerzas naturales como el fuego, la tierra o el viento. Frente al mito (un término que viene a significar «narración» de un tipo más o menos fantástico), el *logos* (un término que se traduce como «razón» o «lenguaje» y del que deriva «lógica»), busca explicaciones a estos fenómenos, basadas en principios naturales. Los

primeros filósofos de la naturaleza piensan que a partir de un principio (*arkhe*), que es un elemento identificable en la propia naturaleza (*physis*), como el agua, el viento, la tierra, etc., puede darse razón del surgimiento y desarrollo de todo lo que hay.

La transformación que supone el tránsito de las narraciones míticas a las explicaciones «lógicas» es de tal calibre que se ha hablado del «milagro griego» para expresar que este proceso no se pudo deber a la influencia directa de ninguna otra cultura, sino que fue el resultado exclusivo del genio del pueblo griego. Este cambio supuso abandonar las tradiciones en las que habían vivido los pueblos de Grecia durante siglos para adentrarse en un camino desconocido que llevaría a la racionalidad científica. Indudablemente, este proceso no estuvo exento de importantes contradicciones y conflictos entre la religiosidad tradicional y la novedad filosófica, lo que ocasionó a veces una violenta reacción contra los filósofos de un pueblo apegado a las viejas creencias.

1.6. La escuela jonia

Tales de Mileto (585 a.C.)

El considerado como primer filósofo de la historia vivió en la próspera ciudad jonia de Mileto. Se le caracteriza como despistado y ajeno a los intereses cotidianos: «se dice que Tales, mientras observaba los astros [...], y miraba hacia arriba se cayó en un pozo, y que una bonita y graciosa criada tracia se burló de que deseara vivamente conocer las cosas del cielo y no advirtiera las que estaban detrás de él y delante de sus pies» (Platón, *Teeteto*, 174 a). La mirada hacia el cielo se ha identificado, desde entonces, con la dedicación a la vida teórica (*theorein*, mirar a los dioses), pero ello no evitó que Tales fuera reconocido también por la posibilidad que le proporcionaban sus conocimientos científicos para su vida práctica, lo que no le indujo, sin embargo, a abandonar el conocimiento teórico. Esta renuncia a los intereses prácticos se recoge en una conocida anécdota: «Pues se dice [de Tales] que, como lo injuriaban tanto por su pobreza como por la inutilidad de la filosofía, supo, por medio de la astrología, cómo sería la producción de aceitunas. Así, cuando aún era invierno, se procuró una pequeña cantidad de dinero, y depositó fianzas por todas las prensas de aceite de Mileto y de Quíos, arrendándolas por muy poco, puesto que nadie compitió. Cuando llegó el momento oportuno, al ser muchos los que a la vez y de repente las deseaban, las iba alquilando como quería, reuniendo mucho dinero, demostrando así que es fácil a los filósofos enriquecerse, si quieren hacerlo; pero que no es esto lo que les interesa» (D-K 12 A 9).

Se reconoce a Tales como el primer filósofo porque es el primero que se pregunta por el origen o *arkhe* de las cosas que se encuentran en la naturaleza. Si en la tradición mítica tal origen había que buscarlo en la acción de tres divinidades, Tierra, Cielo y Caos, él cree, en cambio, que es un elemento natural, el agua. La Tierra flota sobre agua, y del agua surge la vida, por evaporación los elementos gaseosos y por condensación los elementos sólidos. Además de filósofo de la naturaleza, Tales fue astrónomo, político y matemático. Sobre sus doctrinas, dice Diógenes Laercio: «Dijo que "el agua es el primer principio de las cosas; que el mundo está animado y lleno de espíritus". Fue inventor de las estaciones del año, y le asignó a este trescientos sesenta y cinco días. No tuvo maestro alguno, excepto que viajando por Egipto se familiarizó con los sacerdotes de aquella nación. Jerónimo dice que midió las pirámides por medio de la sombra, proporcionándola con la nuestra cuando es igual al cuerpo» (*Vidas de filósofos ilustres*, I). La fama de Tales en Grecia era tal que llegó a ser tenido como uno de los «Siete Sabios», que alcanzaban la consideración de seres semidivinos. Como a ellos, se le atribuyen dichos en los que muestra su prudencia y sabiduría: «Preguntado qué cosa es difícil, respondió: "El conocerse a sí mismo". Y también, qué cosa es fácil, dijo: "Dar consejo a otros". ¿Qué cosa es suavísima? "Conseguir lo que se desea". ¿Qué cosa es dios? "Lo que no tiene principio ni fin". ¿Qué cosa vemos raras veces? "Un tirano viejo". ¿Cómo sufrirá uno más fácilmente los infortunios? "Viendo a sus enemigos peor tratados de la fortuna". ¿Cómo viviremos mejor y más santamente? "No cometiendo lo que reprendemos en otros". ¿Quién es feliz? "El sano de cuerpo, abundante en riquezas y dotado de entendimiento"» (*ibid.*). En política, Tales propugnó la unión de las ciudades jonias, como astrónomo parece que predijo un eclipse, y como matemático enunció diversos teoremas, entre ellos quizá los dos que aún llevan su nombre, cuyo objeto son las propiedades de los triángulos semejantes y la construcción de triángulos rectángulos.

Anaximandro (610-545 a.C.)

Contemporáneo de Tales, Anaximandro piensa que el origen de todas las cosas está en un elemento indefinido que denominó *apeiron*, lo indeterminado, retomando la idea mítica del Caos. A partir de lo *apeiron* surge la naturaleza, y tras cumplir su ciclo las cosas retornan a su origen, en un ciclo de la naturaleza que está en perfecta consonancia con la noción circular del tiempo de los griegos, aunque este retorno a la unidad primigenia se expresa bajo la forma de la culpa y la remisión: «Entre los que dicen que es

uno, en movimiento e infinito, Anaximandro de Mileto, hijo de Praxíades, que fue sucesor y discípulo de Tales, dijo que el principio y elemento de todas las cosas existentes era el *apeiron*, y fue el primero que introdujo este nombre de "principio". Afirma que este no es agua ni ningún otro de los denominados elementos, sino alguna otra naturaleza *apeiron*, a partir de la cual se generan todos los cielos y los mundos que hay en ellos. Ahora bien, a partir de donde hay generación para las cosas, hacia allí también se produce la destrucción, según la necesidad; en efecto, "se pagan mutuamente culpa y retribución por su injusticia, de acuerdo con la disposición del tiempo", hablando así de estas cosas en términos más bien poéticos» (D-K 12 A 9). Anaximandro trata de explicar el proceso mediante el cual las cosas surgen a partir de una realidad primordial en la que todas las cosas están confundidas y a partir de la que van separándose como contrarios, que gozan de una existencia autónoma y singular en un proceso que se ha considerado el primer antecedente arcaico de la teoría de la evolución: «Anaximandro de Mileto opinaba que del agua y la tierra calientes se originaron unos peces o animales similares a peces: en estos los hombres crecieron retenidos en su interior, como si fueran fetos, hasta la pubertad; solo entonces se rompieron aquellos y surgieron hombres y mujeres que ya podían alimentarse» (D-K 12 A 30).

Anaxímenes (585-528 a.C.)

Probablemente fue discípulo de Anaximandro. Retorna a la determinación de un elemento definible, el aire (*pneuma*), del que surgen todas las cosas, y que puede asimilarse con el alma, recuperando la tradición de Homero que llamaba «alma» al aliento que se le escapa a los moribundos: «El milesio Anaxímenes, hijo de Eurístrato, compañero de Anaximandro, dijo, como este, que la naturaleza subyacente es una e infinita, pero no indeterminada, como él, sino determinada, y la llamó "aire"; se diferencia en las sustancias particulares por rarefacción y condensación. Al hacerse más sutil se convierte en fuego, al condensarse en viento, luego en nube, más condensado aún en agua, tierra y piedra; las demás cosas se producen a partir de estas. Hace también eterno al movimiento gracias al cual nace también el cambio» (Simplicio, *Física*, 24). También para Anaxímenes puede hablarse de un ciclo natural en que los elementos se diluyen para regenerarse periódicamente. El *pneuma* sería utilizado por otros autores añadiéndole rasgos cada vez más intelectuales, de modo que se tendería a identificar el aire o aliento con el alma y la inteligencia: «Anaxímenes de Mileto, hijo de Eurístrato, declaró que el principio de las cosas existentes es el aire, pues de él se generan

todas las cosas y en él se disuelven nuevamente. Así como nuestra alma al ser aire, dice, nos mantiene unidos, así también el aliento o aire abarca a todo el cosmos, tomando por sinónimos aire y aliento» (DK 13 B 2).

1.7. Los pitagóricos

La escuela pitagórica está formada por los discípulos de Pitágoras de Samos (570-496 a.C.), fundador de una secta religiosa que instituyó normas para la purificación del alma a fin facilitar la realización del viaje al Hades, siguiendo las enseñanzas de la religión órfica. Parece que la organización de la escuela era sumamente estricta, y los discípulos estaban sometidos a un largo periodo de riguroso silencio (*acusmáticos*, que únicamente podían escuchar la enseñanza), solo tras el cual podían formular preguntas (*acroamáticos*): «Pitágoras fue el primero que dijo, según afirma Timeo, que las cosas de los amigos son comunes y que la amistad es igualdad, y que sus discípulos unificaron sus fortunas. Durante cinco años guardaban silencio, solo escuchaban los discursos, nunca veían a Pitágoras hasta que aprobaban el examen, desde entonces se volvían miembros de su casa y podían mirarlo» (Platón, *Timeo*, fr. 13 b). «"Matemáticos" eran los que se compenetraban más a fondo y eran instruidos con rigor acerca del fundamento de la ciencia. Los acusmáticos, en cambio, atendían solo a instrucciones compendiadas de los libros, sin una descripción rigurosa» (Jámblico, *Vida pitagórica*, XVIII, 81-82).

Pitágoras es una mezcla de fundador de una secta religiosa y de una escuela filosófica, lo que le valió ser denominado «filósofo», entendido como el que alcanza el modo de vida más elevado: «De Pitágoras se dice que fue el primero en tomar el nombre de "filósofo". Esto no implicaba solo un nombre nuevo, sino que anticipó una enseñanza útil de la propia ocupación. Dijo, en efecto, que el ingreso de los hombres en la vida se parece a la concurrencia masiva a las reuniones festivas. En efecto, así como allí andan por todos lados hombres que poseen diversos propósitos (uno, el que está apresurado por vender mercaderías con miras a un negocio ventajoso; otro, el que concurre para exhibir la fuerza de su cuerpo, en busca de honores; hay incluso una tercera especie, la más libre, que se congrega con el fin de ver los lugares y obras artesanales más bellas y los hechos y palabras virtuosas, de las cuales suele haber muestras en las reuniones festivas), análogamente en la vida hombres muy diversos en sus esfuerzos se congregan en un mismo lugar: unos son presa de ansias de riquezas y bienes superfluos; otros, del deseo de dominio y mando, y son poseídos por el amor a la victoria y por la ambición desesperada. Y el más puro es ese tipo de

hombre que se muestra en la contemplación de las cosas más bellas, al que corresponde el nombre de "filósofo"» (Jámblico, *Vida Pitagórica*, XX, 58).

La doctrina pitagórica se relaciona con el número y la armonía matemática. Afirma Pitágoras que el origen de todo es el número, con lo que inicia el uso de la matemática para la explicación de la naturaleza. Al igual que junto a un cuerpo sensible existente en la naturaleza hay un alma no sensible que le da vida, junto a los cuerpos visibles de la naturaleza existen los números que son su principio. Según la tradición, Pitágoras llegó a tal conclusión al comprobar la relación que existe entre la longitud de la cuerda de una lira y el sonido que emite, lo que le llevó a concluir la existencia de una armonía universal constituida por números que forman una música que representa el cosmos ordenado. El número pitagórico está representado por la figura sagrada de la tetracto, que es una disposición geométrica triangular compuesta por diez puntos. La oposición fundamental de las cosas se da entre el límite y lo ilimitado, que se corresponde con la que se da entre lo impar y lo par. En conjunto hay en la naturaleza diez oposiciones fundamentales: límite-ilimitado, impar-par, unidad-multiplicidad, derecha-izquierda, macho-hembra, quietud-movimiento, recta-curva, luz-tinieblas, bien-mal, cuadrado-rectángulo. A través de esas oposiciones se refleja la idea del orden y el desorden de la naturaleza, teniendo como ideal la consecución de la armonía universal.

La ética pitagórica se vincula con la doctrina de la armonía. La justicia, que se basa en la igualdad, se asimila a una figura cuadrada que expresa la armonía de lo igual que se multiplica a lo igual. Las prescripciones éticas tenían un sentido purificador, imponiendo ciertas normas de abstinencia como la prohibición de alimentos como las habas y la carne. Estas normas prácticas podían asimilarse al ideal purificador del ascenso contemplativo, aunque esto tardará aún varios siglos en imponerse como modelo en la sabiduría filosófica. Pitagóricos importantes fueron Filolao, Eurito y Alcmeón de Crotona.

1.8. Los eléatas

Jenófanes de Colofón (570-475 a.C.)

El representante más antiguo de llamada escuela eléata, por el nombre de la ciudad de Elea, en la Magna Grecia, es Jenófanes. Se ha supuesto que fue un rapsoda que iba de ciudad en ciudad recitando los poemas homéricos, aunque esto es muy dudoso, y de hecho hizo una crítica radical de las divinidades que aparecen en tales poemas. Para Jenófanes, los dioses antropomórficos griegos son solo una forma humana de representar a las divinidades,